

UNA MADRE DE CORAZÓN ABIERTO

Benvolguts diocesans:

Queridos diocesanos: En la tradición de los Padres de la Iglesia se suele presentar a la Iglesia como una madre. Tertuliano, Cipriano y, sobre todo, san Agustín, desarrollaron este tema. La Iglesia es madre porque engendra hijos y les enseña a vivir la fe en Jesucristo. En uno de sus sermones dirá san Agustín que “vosotros comenzáis a tener a Dios por Padre en el momento en que habéis nacido de aquella madre que es la Iglesia” (Serm. 398, 1). Por medio del bautismo, la Iglesia nos regala la vida de hijos de Dios y, en su seno, crecemos como tales.

Como madre, la Iglesia tiene el corazón abierto para acoger a todos. Resulta muy significativo que, en el siglo III, cuando los cristianos eran perseguidos sin piedad, la Iglesia se planteara qué hacer con aquellos que, por temor a sufrir el martirio, habían renegado de su fe o simplemente la habían ocultado o disimulado. Hubo algunos autores que sostuvieron posturas rigoristas, considerando que la Iglesia tenía que excluir de su seno a todos esos apóstatas. Pero triunfó la postura del papa Cornelio y de Cipriano de Cartago, que eran partidarios de admitirlos de nuevo, después de una penitencia adecuada. La Iglesia es madre que no puede excluir al pecador, aunque en un momento de debilidad haya desertado de la fe.

Como madre, la Iglesia debe mantener siempre sus puertas abiertas, esperando que el hijo pródigo regrese, para que pueda entrar sin dificultad (cf. EG 46). Por eso dice el Papa que “la Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre” (EG 47). Nunca debe cerrar las puertas. “La Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas” (EG 47). La Iglesia es madre y nos recibe a todos como madre.

Frente a la tentación de rigidez, la Iglesia -cada una de nuestras comunidades- debe mantener actitudes maternas, de mansedumbre, bondad, comprensión y ternura. Sí; la madre Iglesia debe saber acariciar a sus hijos y darles ternura, porque, de lo contrario se convierte en una asociación sin calor humano, huérfana. Como madre, habla a sus hijos y confía en ellos, sabiendo reconocer lo bueno que tienen y escuchándoles. Como ha dicho el Papa “la Iglesia es madre de corazón abierto que sabe acoger, recibir, especialmente a quien tiene necesidad de mayor cuidado, que está en mayor dificultad. La Iglesia, como la quería Jesús, es la casa de la hospitalidad. Y cuánto bien podemos hacer si nos animamos a aprender este lenguaje de la hospitalidad, este lenguaje de recibir, de acoger. Cuántas heridas, cuánta desesperanza se puede curar en un hogar donde uno se pueda sentir recibido. Para eso hay que tener las puertas abiertas, sobre todo las puertas del corazón” (Paraguay, 12-7-15).

Por último, conviene subrayar que la Iglesia aprende a ser madre mirando a María, la madre de Jesús y de la Iglesia. De ella aprende la humildad, la ternura, la acogida y el perdón. Pido a Santa María que enseñe a cada una de nuestras comunidades el secreto de ser madre, para que tengan como ella un corazón grande que acoja a todos.